



BUDAPEST MUSIC CENTER RECORDS - BMC 125

Béla Bartók

Sonata para violín solo; 44 Dúos para dos violines

A veces es suficiente un único detalle para revelar la grandeza de una interpretación. Escuchen a Barnabás Kelemen en la Sonata para violín solo de Bartók. Les vamos a dar un consejo: empiecen por el segundo movimiento. Bastará con poner los cuarenta primeros segundos. Ningún otro violinista, que sepamos, ha logrado diferenciar con tanta habilidad las voces de la Fuga, otorgando a cada una de ellas un distinto color tímbrico. Y eso pese a que la Sonata de Bartók ha sido territorio de caza de los mayores violinistas de los últimos cincuenta años.

Ahora pueden poner el disco desde el principio, tranquilamente. Saboreando cada detalle, disfrutándolo sin prisa, con atención, confiados en estar ante una de las mejores versiones de esta obra. El violín de Bartók oscila entre los ecos de los gitanos de Hungría y la sombra barroca de Bach. Es al mismo tiempo arquitectura e improvisación, instrumento cultivado y popular, y Kelemen no sólo domina ambos mundos sino que sabe entrecruzarlos. En sus manos, el Tempo di ciaccona recupera su valor de construcción cristalina, pero cuyos cimientos se apoyan en el agua. La Melodía se desliza por un lirismo encrespado por sutilísimos rubati. El violinista opta por la versión original del Presto, que recupera los atrevidos microintervalos introducidos por Bartók (reemplazados por semitonos en la partitura impresa) y adelgaza las dimensiones -casi dos minutos menos- otorgando al movimiento un perfil formal más sobrio y contundente.

Los 44 dúos para dos violines no poseen las ambiciones de la Sonata. Son piezas breves y didácticas al modo de Mikrokosmos y Para los niños, donde el apego al folclore (a los folclores) toma un cariz más tierno y anecdótico, alejado de la abstracción tímbrica del piano. Tras escuchar a Kelemen en la Sonata para violín solo, uno imaginaría a la pobre Katalin Kokas aplastada por la confrontación con su talentoso compañero. Pero no. Los dos violines suenan exactamente iguales, como si fueran un solo instrumento. A lo largo de los 44 dúos se intercambian equitativamente los papeles, y a veces resulta casi imposible distinguir al uno del otro. Ésta también es grandeza.

Stefano Russomanno